11131

Ultimamente

27

editor, calle de la Cabeza, 27, Madrid.

PRECIO DE TODA LA OBRA.

Encuadernada en rústica.	47 pesetas.
En pasta y holandesa.	54 »

Se sirven los pedidos franco el porte.

ULTRAMARINOS

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/ultramarinossain3192luce

ULTRAMARINOS

SAINETE ORIGINAL Y EN VERSO

DE

TOMÁS LUCEÑO

Estrenado en el Teatro de la COMEDIA la noche del 26 de Noviembre de 1886

MADRID
R. Velasco, impresor, Rubio, 20

1886

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podra, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Al Sr. D. Pedro Novo y Colson

Teniente de navío de segunda clase y

autor dramático de primera

Su verdadero amigo,

T. Luceño

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA TECLA (*ama de huéspedes*).	SRA. GÓRRIZ.
ROSA (*pantalonera*).....	SRTA. GONZÁLEZ.
DOÑA LUCÍA.....	SRA. VEDIA.
LUISA.....	SRTA. MONTES DE OCA.
ANTOÑITA (*criada de once años de edad*).....	NIÑA RIAZA.
DON PABLO (*amo de la tienda*)...	SR. ROMEA
RUFINO (*cochero*).....	
EL SEÑOR MELCHOR (*zapatero de viejo*).....	RUIZ DE ARANA.
RODRIGUEZ (*sereno*).....	ALTARRIBA.
DON LINO.....	RIQUELME.
NICASIO (*dependiente de la tienda*)	BALAGUER.
UN TIMADOR.....	GALVÁN.
ALFREDITO.....	RUBIO.
UN INSPECTOR.....	MAÑAS.
MARIANO (*dependiente*).....	PIRIZ.
AYUDANTE DEL TIMADOR....	SERNA.

La escena en Madrid.—Epoca actual.

ACTO ÚNICO

Tienda de comestibles en un barrio extremo de Madrid. Puerta al foro: á la izquierda un escaparate con los artículos propios de estos establecimientos. A la derecha, primer término, mostrador. A la izquierda, primer término también, una mesita con una silla. Sacos de arroz, garbanzos y judías, etc., esparcidos por la escena de modo que no estorben la acción. Detrás del mostrador NICASIO escribiendo. El SEÑOR PABLO colocando en el escaparate los géneros que marca el diálogo y MARIANO entregándole los que le va pidiendo aquél. Ambos están de espaldas al público. Empieza á amanecer. Oyese el ruido de las campanillas de las burras de leche. Suenan seis golpes y dos repiques cerca de la tienda y una voz que dice: *¡El burrerooooo!* que es contestada, á poco rato, por otra de mujer: *¡Ahora bajo, pero no mire usted!*

ESCENA I

El SEÑOR PABLO, MARIANO y NICASIO.

MAR. ¡Seis golpes y dos repiques!
Pues cuando esté incomodado
el vecinito, si quiere
coge el cielo con las manos.

PABL. No lo creas: si es el cura
que habita en el piso bajo;
como la casa es moderna,
la distribución de cuartos
es con arreglo á la moda;
hay primero piso bajo,
encima bajo segundo,
bajo tercero, más alto,
subes cincuenta escalones

670015

y estás en el cuarto bajo.

MAR. Bien dicen, que cada día
se sabe algo nuevo

PABL. Claro.

(Contemplando con gozo el escaparate.)

¿Has visto un escaparate
mejor puesto en todo el barrio?
Mira: formando la base
de lo demás, los garbanzos.
Sobre ellos, así... esparcidos
higos, pasas y cacao...
¡Esto es elegancia y gusto!
No lo dudes Mariano,
los artículos *comibles*,
mucho antes que en el estómago,
deben entrar por los ojos.
El *Champagne*.

(Mariano le acerca una botella.)

Hay que anunciarlo
con la majestad debida
por ser artículo caro. (Leyendo la etiqueta.)
A ver: precio fijo, un duro:
pero si es para llevarlo (Sigue leyendo la etiqueta)
dos pesetas. Me parece
que no le hay ya más barato.
Mi tienda, por el surtido
tan numeroso y variado,
no parece que se encuentra
lo que se dice pegando
con la puerta de Toledo,
y casi, casi en el campo.
(A Nicasio.) ¿Y los anuncios?

NIC. Ya están.

(Nicasio deja de escribir, salta por encima del mostrador y se acerca á Don Pablo presentándole dos cuartillas de papel atravesaadas cada una por una caña de cortas dimensiones.)

Fíjese usted bien Don Pablo;
me han salido dos quintillas
de cuatro versos.

PABL. (Con asombro.) ¡Canario!

NIC. (Leyendo con pretensiones.)
«Aunque me esté mal decirlo
soy garbanzo sin igual;
parroquiana, si me pruebas,
no te hartas con un costal.»

PABL. (Admirado.) Perfectamente.

NIC. El segundo
está mejor acabado.
(Leyendo.) «Soy de buena calidad,
comerme sin regodeos,
soy blando como el coral...
También se venden fideos.»
(Con orgullo.) ¿Pegan bien?

PAB. ¡Divinamente!
¿Pero son tuyos? Me escamo...
Yo recuerdo una comedia
que ví cuando era muchacho
en donde había unos versos
parecidos. (Como queriendo recordar.)
¡Ah! ¡Ya caigo!
«Los amantes de Teruel.»
¿Ves? ¿De ahí los has copiado?

NIC. (Muy enfadado.) Si no son mios, permita
Dios que cuando esté espirando
la salud me falte... Vaya,
después de tanto trabajo!

PABL. Bien; pero aquí hay un defecto
y es conveniente enmendarlo...
La palabra *calidad*
termina en z, muchacho,
¿no comprendes tú que hace
referencia á los garbanzos?
(Marcando mucho la *Z* de la palabra «garbanzos.»)

NIC. (Dudando.) Me extraña: de ortografía
mire usted que entiendo algo.
(Quitándose de repente la pluma que habrá tenido detrás de la oreja.)
Toma, toma; pues si he escrito
con la pluma de Mariano.

¡Ya decía yo!...

(Se dirige al mostrador, hace como que enmienda el escrito y se lo presenta de nuevo á Don Pablo.)

PAB. ¡Qué cabeza!
¡Al fin escritor! Veamos:
están bien... Ponlos en sitio
que los lea el parroquiano
á primera vista.

(Nicasio los coloca dentro del escaparate.)

Ahora
al mostrador; y yo, en tanto
que empieza á venir la gente
le voy á dar un repaso
al folletín; es precioso
y ya me va interesando...

(Se coloca detrás del mostrador y empieza á leer *La Correspondencia de España*.)

Vamos á ver como acaba:
(Leyendo.) «El Conde sigue *parlando*
con su *gran madre*, que tiene
en desórden los *caballos*;
un bello joven *remonta*
la escalera: lleva el *hábito*
de *campiña* y en la puerta
suenan golpes *espaciados*.
La Duquesa está *seriosa*
y colocando la mano
gacha sobre las rodillas
del Conde, dice: *mi caro*,
qué hora tiene él. Y entónces
contesta el Conde, sacando
su *muestra*: *las once horas*
gran madre, si no me engaño.»
«Se continuará mañana.»
Muy bien... (Repasando el periódico.)
A ver si trae algo.
(Leyendo otra vez.) «Hoy han llegado á Madrid
los antiguos Diputados
Ruiz y Pérez, con divisa
verde y azul; son hermanos

de aquellos que tanto juego
dieron el lunes pasado.»
(Asombrado.) ¡Qué atrocidad!... ¡Toma! toma...
Si me he comido de un salto
dos columnas... Cuando digo...
que estoy del todo chiflado!

ESCENA II

DICHOS y RUFINO de cochero, entra muy desesperado.

RUF. ¡Buenos días!
PABL. ¡Buenos días!
RUF. (A uno de los dependientes.)
Dame un panecillo largo
con un cuarterón de queso;
y si me das cuatro palos
en mitad de la cabeza
te lo agradezco y te abrazo.
PABL. ¿Qué pasa?
RUF. Malditos sean
los coches y los caballos,
el que inventó los simones,
el que pensó en alquilarlos,
las mujeres y los niños,
los jóvenes, los ancianos...
PABL. ¿Y nada más?
RUF. Sí, señor;
y todo el género humano.
Hace lo menos dos menes
que no sé lo que es un cuarto.
«Cochero á la Castellana;
pero no, que me he fijado
en el número; es el trece
y vá á sucederme algo.»
«Oye simón, dice otro,
me vas á llevar volando...
No quiero ya, que es el número
de mal agüero y me escamo.»
Y así se me pasa el tiempo,

siendo lo peor del caso,
que si alguien me toma el coche
lo disfruta sin pagarlo.

PABL. Pues ayer en tu berlina
iba gente.

RUF. Un diputado
con la mujer de un ministro,
que en Atocha me tomaron.
A las doce nos pusimos
en movimiento y al rato
se presentó su excelencia
y la emprendió á bastonazos,
rompiéndome los cristales
y dándome á mí de palos.

PABL. ¡Qué atrocidad!

RUF. Sí, señor;
y buenos, y más de cuatro.
Me causó una conmoción
cerebral en este brazo.
Por supuesto que después
del lance se evaporaron.
Yo pregunté á un polizonte
que quién me abonaba el gasto
y me respondió que el Nuncio,
y se fué tan campechano.
Al pasar por Fornos sacan
á un señor muy bien portado
que quiso cenar de gorra
y le hicieron mil pedazos
la cabeza... «Alto el coche,
me dice un guardia; volando
á la casa de socorro
con este pillo.»—Llegamos...
y ya no pido el importe
porque sé que no han de dármelo;
pero saco mi cartera
y apunto: Diciembre, cuatro;
me debe el Nuncio un servicio
en Madrid y otro en el Prado.
Dígame usted si ahora debo

renegar de los caballos,
maldecir á los simones...

PABL. Y á todo el género humano.
Si ya me lo has dicho antes;
no hace falta enumerarlo.

RUF. En fin: vamos á almorzar
y paciencia. Antes un trago.

(Se acerca á la mesita de la izquierda y se dispone á almorzar.)

ESCENA III

DICHOS, ALFREDITO y LUISA, sietemesinos en traje de camino, elegantes, pero muy exagerados. Entran con precipitación y toda esta escena la llevan con rapidez.

ALF. (Acercándose al mostrador.)
Deprisita que es muy tarde.
(Don Pablo y los dependientes se preparan á servirle.)
Una botella de Ojén.

LUISA Hombre, no; que escuece mucho
y dan ganas de toser.
Es mejor anís del mono.

ALF. Bueno, del mono también...
Queso manchego, dos kilos.

LUISA Manchego no, de Gruyere.

ALF. (Impaciente.) Lo mismo dá; pastas finas.

LUISA (A Don Pablo.) No se las despache usted;
son mejores los bizcochos
para tomar el café.

PARL. (Dejando de despachar.) Vamos, decidánse ustedes.

ALF. Que se va á marchar el trén,
ne seas tan caprichosa,
que nos quedamos á pie.

LUISA (Enfadada.) Bueno, compra lo que quieras
que yo no lo he de comer.

PABL. Vamos, no hay que disgustarse.

LUISA Si es éste; calcule usted
que hace una hora nos hemos
casado aquí en San Andres,
y mire usted qué principio

tiene mi luna de miel.
Si hoy me llevas la contraria
dime tú: ¿qué harás después?

ALF. (Con cariño.) ¿Después?... Eso, en el camino,
despacio lo pensaré.
(A Don Pablo.) Diga usted. ¿A qué hora sale
el mixto para Aranjuez?

PABL. Siete y sesenta minutos.

ALF. Anda, me alegro, ¿lo ves?
Ya no llegamos.

LUISA Si tal:
en un coche de alquiler
nos plantamos en un verbo.

ALF. (Sacando el reló.) Ocho menos dieciséis.
Además es necesario
lo que nunca suele haber,
que es un caballo que corra
mucho.

RUF. (Dejando precipitadamente de almorzar y levantándose del asiento.)
Servidor de usted.
Vengan los líos.
(Coge las maletas y demás enseres que llevan Alfredo y Luisa.)
Son pocos.

ALF. Hombre cuántos han de ser,
si somos recien casados;
(Con malicia.) ya se aumentarán después.

RUF. (Echa á correr hacia la puerta del foro dejando antes en el mostrador su botella de vino, el queso y el pan.)
(A Don Pablo.) Aquí le dejo el almuerzo
que yo pronto volveré.
No olvide que está pagado.

PABL. ¡Bueno!

ALF. (Cogiendo del brazo á Luisa y saliendo apresuradamente con Rufino.)
Servidor de usted.
(Vánse Rufino, Alfredo y Luisa.)

ESCENA IV

DICHOS y RODRIGUEZ que aparece en la puerta y entra después de haber apagado de un soplo la luz del farol que llevará pendiente del chuzo.

ROD. Señor Don Pablu, buen día.
PABL. Hola Rodríguez, muy buenos.
¿Qué tal ha sido la noche?
ROD. Muy mala: cuando no he muertu
bien puedo decir á usted
que de fiju nun fallezcu
mientras viva.
(A Mariano.) El chocolate.
Marianín,
(Bebe una copa de aguardiente que le sirve Mariano.)
ha habidu un fuegu
monrucutudo, en la tienda
de Nicolás el barbero.
Ya todu aquello es *paviesas*.
¡Se le ha quemado hasta el pelu!
PAB. Pues habrá sido muy poco;
es más calvo que San Pedro.
ROD. Digo el del escaparate.
PAB. Siendo así, ya lo comprendo.
ROD. ¡He dejadu tamañitu
á todo el barrio?
PAB. ¡Lo creo!
ROD. Penetré como un valiente
en el establecimiento
y encontréme desmayada
una mujer en el suelo;
estaba medio desnuda
y ardíale todo el cuerpo..
Yo sin mirar el peligro,
en mi capote la envuelvo,
cargu con ella, á la casa
de socorru me la llevo
y á los médicos de guardia
con gran cuidado la entrego;

pero, amigo, yo non tuve
la culpa del contratiempo
que sobrevinu.

PAB. ¿Murió?

ROD. Cá, non señor, ni por piensu;
resultó que la señora
á quien salvé del incendio,
era una de esas muñecas
que tienen los peluqueros.

PAB. (Ríéndose.) Hombre, ¡el lance es muy gracioso!

ROD. Pero mi comportamiento
es *dino* de que me dén
en recumpensa algún premiu.
A mi primo Bonifacio,
por salvar en otro fuego
á un señor que estaba ya
carbonizado, le dieron
en pagu de semejante
hazaña, la cruz del mérito
naval... Yo creo tener
á esa misma cruz derecho.

PAB. (Aparte.) ¡Qué estúpido!

ROD. ¿La reclamu?

PAB. Hombre, yo no entiendo de eso.
Bebe la última copa
y á descansar.

ROD. Hoy no puedo;
celebramos una junta
á las diez los matuteros,
para tratar de negocios
correspondientes al gremio.

PAB. (Con sorpresa.) ¿Te dedicas al matute,
Rodríguez?

ROD. Pues ya lo creo:
hay que ganarse la vida.

PAB. (Con gravedad.) Pues eso está muy mal hecho:
¡autoridad por la noche
y por el día ratero!
¡Tu proceder es indigno
y ya mi amistad te niego!

(Le vuelve la espalda con desprecio; pero en seguida le dice con afabilidad:)
Mas si no te comprometes
traeme dos ó tres pellejos
de vino.

ROD. ¡Con mucho gusto...
abonando los derechos!

PAB. Hombre, no; ¡qué cosas tienes!

ROD. Como dice usted *qui es feo*
eso del matute.

PAB. (Con gravedad otra vez.) Sí:
lo repito y lo sostengo.
(Transición como antes.)
Y si hay jamones baratos
te *cuelas* con un par de ellos.

ROD. Vamos, como todos; muchu
sermón y ande el movimiento.
(Disponiéndose á pagar.)
¿Qué se debe?

PAB. (Dándole golpecitos en el hombro.)
Cuando cumplas
mis encargos, hablaremos. (Váse el sereno.)

ESCENA V

(DICHOS, ANTOÑITA, criada de once años de edad, que aparece en el dintel de la puerta desde donde dice las primeras palabras. Lleva pañuelo á la cabeza y una cesta descomunal, que no esté en relación con su estatura.)

ANT. ¿Ha venido mi señora?

PAB. (Con extrañeza.) ¡Tu señora!

ANT. Doña Tecla:
una patrona de huéspedes,
parroquiana de esta tienda.

PAB. No la he visto por aquí.
Tardará poco.

ANT. (Entrando.) Pues mientras,
váyame usted despachando.

PAB. (Con ironía.) ¿Te se ha olvidado la cesta?

ANT. (Muy enfadada.)
Le advierto que no me gustan
las bromas.

PAB. Mujer, dispensa...
Despáchala tú, Nicasio,
y haz porque quede contenta.

ANT. (Dejando la cesta sobre el mostrador.)
Chocolate, media libra
de lo mejor; de á peseta.

NICAS. (Metiendo en la cesta el chocolate.)
Superior.
(Tocándola la cara.) ¿Sabes que tienes
un palmito de primera?

ANT. (Retirándose con dignidad cómica.)
Estése usted quieto, vaya;
busque usted quien le divierta.

NICAS. Chica, qué genio me gastas.

ANT. El de los días de fiesta.
Estoy ya desengañada
de los hombres... dan más vueltas.
Decir hombre es decir: trucha.

NICAS. (Con ironía.) ¿Las quería usté en conserva?
(Siguen hablando en voz baja.)

ESCENA VI

DICHOS y DOÑA TECLA patrona de huéspedes pobres. Tiene muy mal genio y se dirige furiosamente á Don Pablo.

TECLA Felices.

PAB. Dios guarde á usted.

TECLA Me tiene usted muy contenta.
Si así se porta con una
parroquiana de mis prendas
y que paga puntualmente...

PAB. (Aparte.) A los diez meses de fecha.

TECLA Dígame usted lo que haría
con una mujer cualquiera.

PAB. Es decir, que la criada
que la envié no era buena

TECLA No señor; usted me dijo

que era fiel, limpia y discreta,
y he tenido que plantarla
de patitas en la acera.
Y gracias á que he tomado
ayer mismo esta doncella (Por Antoñita.)
que me sirve para todo...
aunque es verdad que me cuesta
tres duros cada dos meses...
Vaya con la tal Ruperta.
Después que yo la trataba
como trato á todas ellas,
con dulzura y con respeto...
que lo diga la pequeña.
(A Antoñita.) ¡Tenga usted cuidado, estúpida,
que se va á caer la cesta!
En alhajas solamente
me ha robado una riqueza;
vaya usted contando: una
preciosísima pulsera,
imitación de azabache,
que me costó tres pesetas;
un medallón guarnecido
de esmeraldas y de perlas,
que de noche, y de algo lejos,
daban un chasco á cualquiera.
En fin, hasta se ha llevado
(y esto no habrá quien lo crea),
una colección de ligas
católicas.

PAB. ¡Doña Tecla (Como dudando.)
y qué es eso!

TECLA. Es un periódico
que se publicó en Valencia
y del que fué Director
mi marido, que Dios tenga...

PAB. ¿Pero ha muerto?

TECLA. ¡De raíz!

PAB. ¿Y á qué edad?

TECLA. A los ochenta:
cuando más le sonreía

el porvenir.

PAB. Friolera...

TECLA. Cuando tenía seis meses
enfermó de una rabieta,
y desde entónces no tuvo
el infeliz hora buena. (Afligiéndose.)
Desgraciado... En fin, patatas...
(Pausa, como esperando á que Don Pablo la despache.)
despácheme usté, ¿en qué piensa?

PAB. ¿Pero qué es lo que usted quiere?

TECLA. Hombre, no sea usted babieca.
¿Está usted sordo? Patatas.

PAB. Dispense usted, Doña Tecla;
Yo creí que como término
á la historia de sus penas
exclamaba: en fin, patatas.

TECLA. ¿Hay fiambres?

PAB. Cuantos quiera.

TECLA. Entonces póngame usted
dos cuarterones de lengua.
Tengo un huésped de académico
y me gustará que vea
que aunque patrona, también
entiendo de esa materia.
Chorizos de confianza,
tiene usted?

PAB. No: de etiqueta;
francamente, son muy malos
y el crédito de mi tienda
es ante todo.

TECLA. Sardinas
en lata... ¿Pero son frescas?

PAB. (Dándole la lata.) Superiores: yo respondo.

TECLA. Pues quédese usted con ellas;
(Va á colocarla en la cesta y se arrepiente y se la da á Don Pablo.)
no me conviene llevarlas,
porque cuando son muy buenas
se las comen en seguida
mis huéspedes.

PAB. ¡Ay, qué pelma!
¿No se ofrece nada más?

TECLA. No señor. (A Antoñita.) Vamos, acémila.
(Antonia va á levantar la cesta y no puede.)
Pero, ¿qué es eso, no puede
usted levantar la cesta?

ANT. No señora, pesa mucho.

TECLA. ¡Cómo está el servicio! venga.
(Coge la cesta y saca de ella un sombrero de copa muy apabullado y se lo entrega á la criada.)
Este sombrero ahora mismo...
sombrerería de Huertas,
que le pasen bien la plancha
y que esté á las diez y media.
Diga usted que es de Don Roque,
el Senador por Palencia.
Nada más: ya le conocen;
tienen con él varias cuentas.
(Vase la criada cantando «Pobre chica, la que tiene que servir.. » de *La Gran Via.*)

PAB. ¡Qué señora más cargante!
(Doña Tecla se dirige a la puerta y de repente vuelve la mostrador.)

TECLA. ¿Sabe usted que no estoy cierta
de si le he dado la lata?

PAB. ¡Ay, sí señora, completa!

TECLA Ea, pues, hasta otro rato;
apúntelo usted á la cuenta. (Vase.)

PAB. Está bien; el mejor día
se me acaba la paciencia
y en vez de apuntar disparo
y no vuelves á mi tienda.
(Don Pablo hace como que toma nota en un libro y se retira por la puerta que habrá detrás del mostrador.)

ESCENA VII

MARIANO y NICASIO solos en el mostrador. Aquél empieza á enredar en el cajón del azúcar y á comerse algunos terrones.

NICAS. Marianito, estate quieto
y no andes en el azúcar,
que por comer golosinas
estás como una lechuza...
Voy á decírselo al amo,
no me vaya á echar la culpa.

MAR. ¡Mejor: yo le contaré
que te levantas á oscuras
por la noche y que le cojes
chocolate y aceitunas
para dárselos después
á ese tipo de Tiburcia,
que es tu novia!

NICAS. (Amenazándole.) ¡Si no callas!...

MAR. ¿Pero crees que me asustas?
Le voy á decir también,
para que te dé una zurra,
que no estás matriculado
en ninguna asignatura,
y que en vez de ir al Fomento
vas con esa pelindrusca.

NICAS. Que no consiento que nadie
le falte á esa criatura (Le dá un coscorrón.)

MAR. ¡A mí tú! Ya te has caido.
¡Hortera, bribón, granuja!

(Luchan breves instantes sin salir del mostrador. En la pelea caen debajo de éste: se oyen los cachetes; hay momentos en que no se ve á los dos dependientes. Entra Don Lino, se queda impasible viéndolos pelear sin tratar de separarlos. Don Lino lleva dos talegos, la jarrita de la leche y un mimbre con cuatro ó seis buñuelos.)

ESCENA VIII

DICHOS y DON LINO

LINO (Con mucha calma.)
Suplico á ustedes que acaben
pronto, porque tengo prisa.
(Los dependientes dejan de pegarse.)
MAR. Disimule usted, Don Lino (Llorando.)
han sido unas palabrillas
entre yo y mi compañero.
LINO Con franqueza: yo no sirva
de estorbo... si han concluído,
á despacharme enseguida;
pero si no, continúen,
que yo volveré otro día.
MAR. Vaya, ¿qué es lo que usted quiere?
LINO ¿Cómo andamos de judías?
MAR. Se han subido.
LINO ¡Caracoles!
En fin, echa media libra.
Nada de kilos, ni granos;
no entiendo esa algarabía.
Un cuarterón de lentejas;
pero ¿sabes? de las finas,
que mi mujer está anémica
y el doctor que la visita
se empeña en que ha de comer
siempre cosas nutritivas.
Me pondrás en un papel
cualquiera, una cuentecita,
pues mi esposa se figura
que la siso... y no es mentira.
MAR. (Escribiendo.) Lentejas, catorce céntimos.
LINO. Pon veinte, y en las judías
aumenta también un poco.
¡Como hago tantas conquistas
necesito esos piquillos!
Claro... estando todavía
en la edad de las pasiones,

las muchachas me electrizan.
Tengo una pantalonera,
Nicasillo, que es divina.
A Dios le llama de tú...
y á mí también.

NICAS. ¡Hola!

LINO Mira:
como tú eres reservado
no importa que te lo diga.
En este talego llevo
su compra, y aquí la mía.
Pon en el de ella, una lata
ó dos de merluza frita
en aceite, que sea buena.
En este otro, media libra
de bacalao del más malo,
porque es para mi familia.
Dos bollos de cinco céntimos
á mi mujer... Pastas finas,
queso de bola, que sea
del mejor, para Rosita.
Mi mujer, que no sospecha
de todo esto ni pizca,
por no saber, hasta ignora
lo de... (De repente y bajando un poco la voz.)
¿tenéis aquí harina
lacteada?

MAR. Sí, señor.

LINO Dame una lata enseguida,
que ya es tarde y mi mujer
habrá salido de misa.
Es claro, lo que yo digo,
no puede haber armonía
entre ambos: ella no piensa
más que en las cosas de arriba
y yo en las cosas de abajo.
¡Ya ves tú que tontería!

ESCENA IX

DICHOS y DOÑA LUCÍA de luto, aspecto de gazmoña. rosario. devocionario, etc.

LUCÍA. ¡Gracias á Dios!
LINO (Ocultando uno de los talegos.) ¡Mi mujer!
LUCÍA Pero, hijo mío, ¿qué haces,
dónde te metes? Después
de oir misa y confesarme
y cumplir la penitencia
de seis credos y diez salves,
que recé por el camino
viendo los escaparates,
subo á casa y no hay siquiera
lumbre para el chocolate.
¡Ay Lino! voy sospechando
que te entretienes con alguien.
LINO (Aturdido.) No lo creas; el afán
de comprar casi de balde,
para que no te incomodes,
fué causa de que tardase.
Mira: yo vuelvo enseguida.
(Quiere irse y Doña Lucía le detiene.)
LUCÍA Podemos ir juntos, ¡trae!
(Le quita el talego donde hace la compra para su novia y lo registra.)
¡Cómo pesa!. . ¡Calamares!
(Figura que vé en el talego lo que indica el diálogo.)
¡Ay cuánto te lo agradezco!
LINO (Turbado.) ¡Ha sido por obsequiarte!
LUCÍA. (Sigue registrando.)
¡Hígado de bacalao! (Horrorizada.)
¡Para quién es esto, infame!
LINO ¡Como es vigilia!
LUCÍA (Sacando un paquete.) Y harina
lacteada... ¡Miserable!
(Continúa registrando con mucha agitación.)
¡Aquí hay gato!
LINO No mujer,

es una liebre muy grande...
como es tu santo.

LUCIA Ahora si
que comprendo tus maldades.

ESCENA X

DICHOS, ROSA desde la puerta.

ROSA. ¡Pero nombre, me traes la compra
ó no! ¡Qué salero tienes!

LINO. ¡*Tableau*! (Como está escrito.)

ROSA. Por esperarte
se me ha pegado el aceite,
y tan y mientras tu aquí
entregado al sexo débil.

LUCÍA. ¡La débil lo será usted,
desvergonzada, insolente!
¡El señor es mi marido
desde el año treinta y siete!

ROSA. Pues buen provecho le haga
y que Dios se lo conserve.

LINO. (A su mujer.) Cálmate.

ROSA. Yo vengo aquí
por lo que me pertenece,
que es mi talego. (Quiere quitárselo.)

LUCÍA. Este es mio.

ROSA. Pues me gusta; qué si quieres .. (Se lo quita.)

LUCÍA. (A Lino.) ¡Cuando lleguemos á casa
te diré cuántas son siete!

LINO. Si ya lo sé... tres y cuatro:
por eso no te molestes.

ROSA. Con que, abur.

LUCÍA. Voy á dar parte
al juez, para que la lleven
por seducción de menores
á la cárcel de mujeres.

ROSA. Me las *guiyo*; pero quiero
que sepa usted mayormente
que si le hice caso, fué
por la portera del nueve,

que me habló por él; lo cual
que para que le admitiese
me dijo: «como una prueba
de que es persona decente
te diré que es viudo.»

LINO. Vamos,
la razón es de los fuertes.

ROSA.. Además, me he resistido
cuanto resistirse debe
una mujer que se estima
en todo lo que merece,
esto es. dos días con sus
dos noches correspondientes.

LUCÍA. ¡Montruo!... ¡ *Vámpiro*! (Acometiéndole.)

ROSA. Otra vez (Idem.)
no vuelva á comprometerse.

LINO. ¡Para cuándo son tus rayos
Temístocles!

LUCÍA. ¡Falso, aleve!

ROSA. Yo me marcho á mis negocios.
Abur, y usted me dispense.
¡Cómo está la juventud
en el siglo diez y nueve! (Vase.)

ESCENA XI

DICHOS menos ROSA.

LUCÍA. ¿Te has fijado en mi conducta?

LINO. (Conmovido.) Ofrezco ser para siempre
un casto Susano.

LUCÍA. (Con gravedad.) Escucha;
mi programa de hoy es este:
Ahora, á casa: allí á almorzar
como dos que bien se quieren,
que sin tener el estómago
bien repleto, no se puede
alborotar todo un barrio
como yo deseo ¿entiendes?
Después, escándalo en gordo,

tanto que se oiga en el puente
de Vallecas; luego abro
el balcón del gabinete
tomo carrera y me tiro!

LINO. (Aparte.) ¡Ay, si tuviera esa suerte!

LUCÍA. (Casi llorando) Y cuando venga el juzgado
(que vendrá indudablemente)
á levantar mi cadáver,
diré sin compadecerme
de tí, que tú solo has sido
el motivo de mi muerte.

(Se dirige á la puerta seguida por Lino.)

LINO. ¡Señor: por piedad, que cumpla
su programa textualmente!

(Vánse.)

ESCENA XII

MELCHOR, zapatero de viejo completamente borracho. NICASIO, MARIANO. que no han desaparecido de la escena y DON PABLO, que poco antes de terminar ésta habrá vuelto á colocarse detrás del mostrador.

MEL. A los piés de usted, Don Pablo...
¿Quiere usté hacerme el favor
de decirme dónde vivo?

PAB. Vamos, este la pescó
de mañana. ¿No lo sabes
hombre?

MEL. ¿Que no lo se yo?
Mejor que usté. Pero quiero
que me haga usted el favor
de decírmelo... lo exijo...

PAB. Pues aquí cerca, en el dos
de esta calle.

MEL. ¿Lo ve usted?
Si no hay equivocación:
á la derecha los pares,
porque así lo manda Dios;
los *impares* á la izquierda
¿no es eso? Pero señor...
y esta ha sido mi *matanza*,

desde que tengo razón:
¿por qué han de estar á la izquierda
los *nones*? Sería mejor
todos en la misma acera,
para evitar confusión,
porque hay momentos en que uno
no sabe cual de las dos
es la derecha... por mucha
que sea su educación.
Una copita.

PAB. Pero, hombre,
no te da vergüenza.

MEL. No;
¿usted conoció á mis padres?
Pues ninguno de los dos
la tuvo, y yo no soy menos
que ambos.

PAB. Por amor de Dios,
vete á casa, que tu esposa
estará con el temor
consiguiente, y es preciso,
siquiera por compasión,
que salga de ese cuidado.

MEL. ¿De su cuidado? Si no
hay de qué. Bueno estaría,
¡con más años que Sansón!
Me tiene muy resentido
y sin causa... porque yo
soy con ella consecuente
y firme como un reloj.
El día en que nos echaron
en San Luis la bendición,
en vez de darla en abrazo
la dí una tunda feroz;
desde entonces á la misma
hora... la misma función.
Si quiere más consecuencia
que avise.

PAB. Vamos, Melchor;
¡qué temprano la has cogido!

MEL. Eso de temprano, no;
¡la cogí ayer por la tarde
y me ha tomado afición!

PAB. ¿Y has pasado bien la noche?

MEL. Vaya, con un inspector
que me parece que estaba
mismamente como yo.
¡Me ha dado la gran jaqueca!...
Empeñado el buen señor
en saber lo que pensaba
respecto á la dirección
de los globos, y hasta que
se lo dige, no paró.
Me voy á casa derecho,
es decir, derecho .. no.
Y diga usted, ¿dónde vivo?
(Pablo hace un movimiento de impaciencia.)
¡Ah! en el número dos.
Los pares á la derecha;
¡vaya una numeración!
de seguro que en Marruecos
está arreglado mejor.
(Desaparece tambaleándose y cantando una copla á elección del actor que haga este papel.)

ESCENA XIII

MARIANO, NICASIO, PABLO y TIMADOR disfrazado de teniente alcalde con su AYUDANTE. Ambos tipos, raros. El Timador lleva bastón de autoridad.

(Dirigiéndose á D. Pablo con malos modos.)

TIM. A ver, saque usted al momento
salchichón, pan y garbanzos
y todo lo que usted tenga.

PAB. Si viene á decomisarlo,
le advertiré, con respeto,
que va á llevarse un gran chasco.
Géneros como los mios
no hay en Madrid.

TIM. ¡Bien, veamos!

Eso mismo dicen todos
y luego hay cada gazapo...

(Don Pablo pone sobre el mostrador varios trozos de salchichón y los artículos que indica el diálogo.)

Corte usted una raja.

(Don Pablo corta un poco de salchichón.)

(Comiéndosela.) ¡Hombre!...
¡Pero tiene usted descaro!
Este salchichón amarga
y es más duro que un zapato.

(Dándole al Ayudante otro pedazo.)

¿No es cierto?

AYUD. (Después de comérselo.) Dice usted bien;
se traga, más con trabajo.

TIM. Venga un vaso de aguardiente;
de Valdepeñas, de algo,
á ver si hacemos que pase.

PAB. Pero señor, si no es malo.

TIM. ¡Silencio!

(Le entrega todo el salchichón al Ayudante y éste se lo guarda en los bolsillos de la americana.)

(Cogiendo varios panecillos y examinándolos.)

¡Y es este el pan
que usted despacha! Está falto
de peso. (Al Ayudante.) ¡Guárdese usted
estos panecillos largos!

(El Ayudante se los guarda en la americana, de manera que queden á la vista del público.)

(Cogiendo un paquete.)

Café de Matías López...
¿Será bueno?

(Va á desenvolverlo; pero se arrepiente y se lo da al Ayudante.)

Por si acaso
guárdese usté estos paquetes;
también van decomisados.

(Fijándose en el almuerzo que dejó el cochero sobre el mostrador.)

Este vino y este queso
de seguro serán malos.

(Se lo entrega al Ayudante.)
¡Yo le ajustaré las cuentas!
¡Y este es el comercío honrado
de Madrid!...! (Yéndose.)

PAB. (Saliendo tras él.) ¡Pero, señor,
que no lo ha visto despacio!

TIM. ¡Volveré!

PAB. Si esto no es justo.
¡Y diga usted ¿á quién reclamo?

TIM. (Bruscamente.) ¡Al Nuncio!

RUF. (Sale con gran desesperación.) Precisamente
yo le he servido hace un rato.
(A Don Pablo.) Mire usted qué medio duro
de aquellos recien casados.

PAB. (Sofocado.) ¡Déjamé en paz, bueno estoy
para negocios extraños!

RUF. Mi almuerzo.

BAB. Sí, búscale,
también lo han decomisado.
¡Ahí tienes la autoridad!

RUF. (Acercándose al timador y á su Ayudante, que se habrán quedado á la puerta arreglando los artículos que se llevaban.)
¡Ese! Ahora que reparo,
si este señor es el mismo
de Fornos: pues si es un caco.
(Quiere sujetarle y echan á correr; va á seguirlos y le detiene el Inspector que sale.)

INSP. (Desde la puerta.) No apurarse, que los guardias.
los pondrán á buen recaudo. (Mirando hacia la calle.)
Ya los han cogido... pronto
á la prevención.

PAB. ¡Canastos!
¿Pero no es Teniente Alcalde?

INSP. Si es un timador, Don Pablo.
¡Se ha dejado usté engañar!

PAB. ¡Por vida del rey de bastos!
Pero me devolverán
los géneros.

INSP. Pues es claro;

aunque es forzoso que antes
se queden en el juzgado:
formarán causa á los reos
y cuando estén sentenciados,
dentro de cinco ó seis meses,
ó, todo lo más, de un año,
entonces se los devuelven.

PAB. ¡Ya comprendo... apolillados!
¡Quiere decir que de todas
maneras soy el pagano!

(Se oyen en la calle gran ruido de silbidos, gritos y dos tiros no muy cercanos. Todos se dirigen con gran curiosidad á la puerta, por donde entra Don Lino muy asustado.)

ESCENA XIV

DICHOS y DON LINO

INSP. ¿Qué ocurre? (Todos rodean á Don Lino.)

LINO No hay que asustarse (Sobresaltado.)
señores, que ya no es nada.
Don Pablo, haga usté el favor
de darme un vaso de agua.
Un matutero á caballo,
que quería entrar dos cajas
de petróleo y tres pellejos
de vino y, claro, los guardias,
aunque parezca increible,
eran de opinión contraria;
se enredan á tiros, y él,
viéndose sin esperanza,
echa al galope y arroja
al suelo cuanto llevaba;
pero las cajas malditas,
no sé por qué circunstancia,
caen dentro de una berlina
de punto, al golpe se inflaman...

RUF. (Aterrorizado y echando á correr.)
¡Mi coche! El número trece.

Era el fin que te esperaba. (Vase.)

INSP. Pues yo me marcho enseguida
porque estaré haciendo falta. (Váse con Don Lino.)

ESCENA ULTIMA

DON PABLO y los DEPENDIENTES

PAB. (A Nicasio.) Y tú pon en un papel,
pero en prosa lisa y llana,
un letrero en que se lea
«esta tienda se traspasa,»
que no quiero más belenes
ni servir á gente baja.
Me voy á mudar al centro,
si hoy no es posible, mañana.
(Al público.) Y ahora ustedes disimulen,
señores, la confianza...
y aquí se acaba el sainete,
perdonad sus muchas faltas.

FIN DEL SAINETE

PUNTOS DE VENTA.

En las principales librerías de Madrid y provincias, y en casa de su editor, calle de la Cabeza, 27, Madrid.

TOMO III, 24 pesetas.

Se admiten suscriciones por cuadernos mensuales y tomos sueltos.

LA ESTAFETA DE PALACIO